

to. Aquel día tenían en línea los enemigos sesenta mil hombres y los romanos unos diez y seis mil, y sin embargo, tan poco dudosa fué la victoria, que los romanos mataron más enemigos que combatientes tenían. Cogiéronles más de tres mil hombres, cerca de mil caballos, cincuenta y nueve enseñas y siete elefantes, habiendo matado cinco en el combate. Los romanos se apoderaron de los tres campamentos: quedó levantado el sitio de Illiturgi, pero los ejércitos cartagineses marcharon á ponerlo á Intibili. La provincia había llenado los huecos de sus filas; siendo de todas la más ávida de guerra, con tal de que pudiese esperarse botín ó buena paga, y en aquella época su población era muy numerosa. Los ejércitos trabaron otro combate con iguales resultados que el anterior. Los enemigos perdieron más de trece mil hombres, cogiéndoles más de dos mil con cuarenta y dos enseñas y nueve elefantes. Entonces casi todos los pueblos españoles pasaron á los romanos, y en esta época los acontecimientos de España fueron mucho más importantes que los de Italia.

FIN DEL LIBRO XXIII.

## LIBRO XXIV.

### SUMARIO.

Jeronimo de Siracusa abraza el partido de los cartagineses.—Sus súbditos le asesinan.—El procónsul T. Sempronio Graco derrota á los cartagineses mandados por Hannón.—Sitio de Siracusa por el cónsul Claudio Marcelo.—Declaración de guerra á Filipo, rey de Macedonia.—Derrota y fuga del rey.—P. y Cn. Escipión consiguen ventajas sobre los cartagineses en España.—Alianza con Sifax, rey de Numidia.—Derrotado por Masinissa, rey de los masilienos, pasa al país de los maurusienos.—Admítense á los celtíberos como aliados de Roma.—Recibe por primera vez la república soldados mercenarios.

Cuando regresó Hannón de la Campania al Brucio, guiado y ayudado por los brucios, intentó apoderarse de las ciudades griegas, que perseveraban con tanto más empeño en la alianza con los romanos, cuanto que veían con los cartagineses á los brucios, á quienes á la vez odiaban y temían. La primera tentativa se dirigió contra Regio, empleando allí Hannón algunos días inútilmente. Entretanto transportaron apresuradamente los locrinos desde sus campos á la ciudad el trigo, la leña y todas las cosas necesarias á la vida, con el propósito también de no dejar al enemigo nada que pudiese utilizar. Diariamente era más considerable la multitud que

salía por todas las puertas, habiéndose llegado á no dejar en la ciudad más que á los que se obligaba á reparar las murallas y las puertas y á formar montones de armas sobre los parapetos. Esta multitud formada por habitantes de todas edades y condiciones, vagaba por los campos en gran parte desarmada. El general cartaginés Hamílcar lanzó contra ellos algunos jinetes, con prohibición de maltratar á nadie, contentándose con colocar algunas guardias para cortar la retirada á los fugitivos. El mismo general se colocó en una altura desde la que dominaba la campiña y la ciudad, envió bajo sus muros una cohorte de brucios, con orden de llamar á una entrevista á los locrinos principales, de ofrecerles la amistad de Aníbal é invitarles á entregar la ciudad. Al pronto no quisieron creer lo que decían los brucios, pero cuando se presentaron los cartagineses sobre las alturas, y llegaron algunos fugitivos anunciando que el resto del pueblo estaba en poder del enemigo, vencidos por el temor, dijeron que iban á consultar al pueblo. Convocóse inmediatamente la asamblea, todos los hombres sin arraigo se declararon por el cambio y aquella nueva alianza, y aquellos cuyos parientes estaban detenidos fuera de la ciudad por el enemigo se encontraban tan coartados como si hubiesen dado rehenes. Algunos ciudadanos, aunque comprendían cuánto mejor era permanecer fieles á la fe jurada, no se atrevían sin embargo á manifestar su opinión. Reinó, pues, al menos en apariencia, unanimidad para entregarse á los cartagineses. Llevados secretamente al puerto L. Atilio, que mandaba la guarnición romana, y los soldados que la formaban, se les embarcó en naves que debían llevarles á Regio. Entonces recibieron á Hamílcar y á los cartagineses en la ciudad, á condición de que inmediatamente se firmaría un tratado, en el que las dos partes se considerarían iguales; pero estas condiciones

estuvieron á punto de quedar rotas á poco de entregarse la ciudad, porque los cartagineses acusaban á los locrinos de haber empleado la astucia para hacer escapar á los romanos, y los locrinos, por el contrario, pretendían que los romanos habían huído por sí solos. Hamílcar envió caballería para perseguirles en el caso de que los vientos les hubiesen detenido en el estrecho ú obligado á tomar tierra. Los que les perseguían no pudieron alcanzarles, pero vieron otras naves que cruzaban de Mesina á Regio. Eran los soldados romanos que enviaba el pretor Claudio á guarnecer la ciudad. Asdrúbal no pasó ya á Regio. Por orden de Aníbal, las condiciones del tratado con los locrinos fueron estas: «debían continuar libres bajo sus leyes; la ciudad quedaría abierta á los cartagineses y el puerto quedaría en poder de los locrinos; los cartagineses debían ayudar á los locrinos en paz y en guerra, y los locrinos á los cartagineses.»

Alejáronse, pues, los cartagineses del estrecho, y los brucios murmuraron, porque habían tenido que respetar Regio y Locros, que se habían propuesto saquear. Decidense á alistar y armar quince mil hombres de su juventud, y marchan solos contra Crotona; á la que ponen sitio. Crotona era ciudad griega también y marítima, y contaban con aumentar considerablemente su poder si conseguían apoderarse de un puerto de mar rodeado de fuertes murallas; pero experimentaban una inquietud: debían llamar á los cartagineses en auxilio suyo, so pena de parecer que no obraban como aliados; y por otra parte, si los cartagineses habían de hacerse otra vez árbitros de la paz, más bien que auxiliares suyos en sus proyectos de conquista, habrían combatido sin ventaja contra la independencia de Crotona, como antes contra la de Locros. Creyeron, pues, que lo mejor que podían hacer era enviar una legación á Aníbal, y

adoptar precauciones relativamente á él, para que una vez tomada Crotona, perteneciese á los brucios. Aníbal contestó que debían decidir la cuestión los que se encontraban sobre el terreno y los remitió á Hannón, que no les contestó nada terminante; porque ni él, ni Aníbal querían entregar al pillaje una ciudad famosa y rica, y esperaban además que cuando la sitiase los brucios y fuese evidente que los cartagineses no aprobaban ni secundaban aquel ataque, Crotona se apresuraría á entregarse á Aníbal. Los habitantes de aquella ciudad no estaban unánimes en sus proyectos. Parecía que la misma enfermedad se había propagado por todos los estados de Italia; por todas partes estaban divididas las opiniones del pueblo y de los ciudadanos principales; el Senado estaba por Roma, y el pueblo se pronunciaba por los cartagineses. Un desertor enteró á los brucios de la división de Crotona; que Aristómaco, omnipotente en el pueblo, quiere entregar la ciudad; que en aquel vasto recinto donde tanto distan entre sí los diferentes puntos de las murallas, solamente ocupan los senadores algunos puestos, algunas guardias y que les sería fácil el acceso á todos aquellos puntos que estaban confiados á hombres del pueblo. Animados y guiados por el desertor, los brucios cercan la ciudad, y recibidos por el pueblo, al primer ataque se apoderan de todos los puestos, exceptuando la fortaleza que ocupaban los nobles, quienes desde mucho antes se habían reservado este refugio en previsión de aquella desgracia. También se refugió allí Aristómaco, demostrando con esto que había querido entregar la ciudad á los cartagineses y no á los brucios.

La ciudad de Crotona tenía una muralla de doce mil pasos de circunferencia antes de la llegada de Pirro á Italia. Despoblada por aquella guerra, los habitantes ocupaban apenas la mitad. El río, que primeramente

había atravesado la ciudad, pasaba ahora fuera de los puntos habitados; la fortaleza estaba lejos también de la parte poblada. Encontrábase á seis millas de la ciudad un templo célebre, más célebre aún que la ciudad misma, el de Juno Lacinia (1). muy reverenciado por todos los pueblos de los alrededores. En medio del bosque sagrado, rodeados por espesos y altos abetos, encontrábanse abundantes prados, en los que pacían sin pastores rebaños de toda clase dedicados á la diosa, y cada especie, al acercarse la noche, volvía separadamente á su establo, sin haber sufrido jamás ataques de bestias salvajes ni asechanzas de los hombres. Por esta razón eran considerables los productos de estos rebaños, productos empleados en levantar una columna de oro macizo, consagrada á la diosa, y el templo, célebre ya por su santidad, había llegado á serlo también por su riqueza. Como ordinariamente acontece con los parajes famosos, únese á aquel templo algo extraordinario: dicese, pues, que hay en el vestibulo un altar donde los vientos no mueven jamás la ceniza de los sacrificios. En cuanto á la fortaleza de Crotona, que por un lado domina al mar y por el otro mira á la campiña, no tuvo al principio otros baluartes que su posición natural: más adelante se la rodeó también con una muralla en el paraje por donde Dionisio, tirano de Siracusa, la sorprendió por astucia, escalando las rocas. Tal era aquella fortaleza, al abrigo, según se creía, de todo ataque y ocupada entonces por los nobles de Crotona. El pueblo se había unido á los brucios para sitiarla. Viendo estos al fin que no podían tomarla con sus propias fuerzas, y obligados por la necesidad, imploran el socorro de Hannón, quien trató de conseguir la sumisión de

(1) Este templo estaba sobre el promontorio de Lacinia, en el punto llamado hoy *Capo delle colonne*; sin duda por las columnas que subsisten aún. Estaba recubierto de mármol.

los crotoniatos, á condición de que recibirían una colonia de brucios, que repoblaría aquella ciudad, en otro tiempo tan populosa y de la que la guerra había hecho después vasta soledad. Pero solamente pudo mover á Aristómaco. Todos juraron morir antes que recibir en tre ellos á los brucios y desnaturalizar así su religión, sus costumbres, sus leyes y muy pronto, hasta su lenguaje. No teniendo Aristómaco bastante influencia para impulsarles á la rendición, y no encontrando medio de entregar la fortaleza como había entregado la ciudad, marchó á refugiarse con Hannón. Poco después, entrando en la fortaleza, con permiso de Hannón, los legados de Locros persuadieron á los crotoniatos á que consintiesen su traslación á Locros, y no esperar los últimos extremos. Aníbal, á quien se había enviado una legación, había concedido ya este permiso. De esta manera fué abandonada Crotona, y llevados á la playa los crotoniatos, se embarcaron. Casi todos se retiraron á Locros. Tampoco pasó el invierno en la Apulia sin combates entre los romanos y Aníbal. El cónsul Sempronio se había establecido en Luceria y Aníbal cerca de Arpi. La casualidad ó alguna ocasión favorable al uno ó el otro bando, daba lugar á escaramuzas, y los romanos se hacían diariamente más fuertes, más prudentes y más hábiles para precaverse de las sorpresas.

En Sicilia, la muerte de Hierón y el advenimiento al trono de su nieto Jerónimo, lo había cambiado todo para los romanos. Jerónimo era un niño incapaz todavía de usar convenientemente de la libertad, y muy lejos por consiguiente estaba de poseer la fuerza necesaria para el mando. Su edad, su carácter, sus tutores y sus amigos le precipitaron en toda clase de vicios. Hierón, que había previsto lo que tenía que suceder, dícese que quiso en su ancianidad dejar libre á Siracusa, por temor de que bajo la dominación de un niño, aquel po-

der que había adquirido y robustecido con su noble conducta, pereciese bajo el desprecio general. Las hijas de Hierón se opusieron con todas sus fuerzas á este proyecto, seguras de que aquel niño solamente tendría el nombre de rey, y que todo el poder lo recogerían ellas y sus esposos Andronadoro y Zoipo, á quienes dejaba Hierón como primeros tutores de Jerónimo. A la edad de noventa años, asediado día y noche por caricias de mujeres, no era fácil que Hierón conservase independencia de ánimo y pensase en los asuntos del Estado sin ocuparse de los de su familia. Nombró quince tutores para el joven, suplicándoles, antes de morir, que conservasen intacta la fe que durante cincuenta años había guardado al pueblo romano (1) y que procurasen que el joven rey no se apartase jamás de las huellas de su abuelo, ni de los principios en que se había educado. Tales fueron sus recomendaciones. En cuanto murió, los tutores del rey publicaron el testamento, y presentaron en la asamblea al joven rey, que apenas tenía quince años. Unos cuantos ciudadanos, que ellos mismos habían colocado en la asamblea para que aclamasen, fueron los únicos que aprobaron el testamento. Los demás, como si hubiesen perdido á su padre, solamente mostraron temor en medio del duelo general. Celebráronse los funerales del rey, en los que fueron más notables el amor y ternura de los ciudadanos, que los cuidados de su familia. Muy poco después, Andronadoro separa á todos los demás tutores, diciendo públicamente que Jerónimo era hombre ya y capaz de gobernar; y renunciando él también la tutela que le era común con los otros, asumió el poder de todos.

(1) Hierón había entrado en la alianza del pueblo romano en el año segundo de la segunda guerra púnica, bajo el consulado de Valerio Máximo y M. Otacilio Crasso, en el año de Roma 488.

Hasta para un rey bueno y virtuoso hubiese sido difícil conciliarse el amor de los siracusanos sucediendo á Hierón, á quien tanto habían querido; pero Jerónimo, como si hubiese querido con sus vicios hacer lamentar á su abuelo, mostró desde los primeros momentos cuánto había cambiado todo para lo sucesivo. Los que durante tantos años no habían visto á Hierón ni á su hijo Gelón distinguirse de los demás ciudadanos por su traje ni por ninguna insignia, contemplaron de pronto la pompa, la diadema, los satélites armados y algunas veces también al rey saliendo de su palacio en una carroza tirada por cuatro caballos blancos, á la manera del tirano Dionisio. A este aparato, á esta orgullosa exterioridad, uníase su desprecio por todos, su desdén cuando escuchaba, su palabra siempre injuriosa, el cuidado de hacerse inaccesible, no solamente á los extraños, sino hasta á sus tutores; en fin, inaudita licencia y crueldad sin ejemplo entre los hombres. Tan grande y general fué el terror, que algunos de sus tutores se adelantaron á los suplicios que les esperaban, dándose muerte ó desterrándose voluntariamente. Tres de ellos, los únicos que entraban con más facilidad en el palacio, Andronadoro, Zoipo, yernos de Hierón, y un tal Thrasón, no tenían favor con el rey más que en un asunto solo: los dos primeros se inclinaban á Cartago y Thrasón por la alianza con Roma, y sus apasionados debates solían despertar alguna vez la atención del joven. Pronto se descubrió una conjuración dirigida contra la vida del tirano, gracias á un tal Calón, que tenía la edad de Jerónimo y admitido desde la infancia en íntima familiaridad. El denunciador no pudo nombrar de todos los conjurados más que á Theodoto, que le había hecho algunas indicaciones. Preso en el acto Theodoto y entregado á Andronadoro para que lo sometiese á la tortura, confesó sin vacilar todo lo que le era propio, pero

oculto el nombre de sus cómplices. Desgarrado al fin por los tormentos más grandes que el hombre puede soportar, fingió ceder al dolor, separó las sospechas de sus cómplices y echándolas sobre inocentes, acusó falsamente á Thrasón de ser el jefe de la conjura, declarando que sin el apoyo de un jefe tan poderoso, jamás se hubiesen atrevido los íntimos del tirano á tal empresa; y nombró, entre los más indignos, aquellos que se presentaban á su imaginación en medio de los dolores y gemidos. Al escuchar el nombre de Thrasón, el tirano no dudó ni un momento, haciéndole llevar en seguida al suplicio, adonde le siguieron casi todos los otros acusados tan inocentes como él. Aunque su cómplice sufrió tantos y tan terribles suplicios, ningún conjurado se ocultó ni huyó; tanto confiaban en la energía y honradez de Theodoto; tanto valor tenía el mismo Theodoto para ocultar su secreto.

Con la muerte de Thrasón quedó roto el único vínculo que mantenía la alianza con Roma, y la defección de Sicilia no era ya dudosa. Enviáronse legados á Aníbal, quien á su vez envió al rey, con Aníbal, joven de ilustre nacimiento, Hipócrates y Epicides, nacidos en Cartago, pero cuyo abuelo era un siracusano desterrado, y que además eran cartagineses por línea materna. Estos fueron los intermediarios en el tratado de alianza entre Aníbal y el tirano siracusano, con el cual permanecieron con el beneplácito de Aníbal. El pretor Ap. Claudio, que mandaba en Sicilia, al enterarse de esto, envió legados á Jerónimo; los que dijeron al rey que venían á renovar con él la alianza que existía entre Roma y su abuelo. Jerónimo les recibió y despidió con desprecio, preguntándoles sarcásticamente «qué resultado había tenido para ellos la batalla de Cannas; que los legados de Aníbal referían cosas casi increíbles, y que quería saber la verdad de todo para decidir según las ventajas

que le ofreciesen los dos partidos.» Los romanos le dijeron «que volverían cuando el rey se encontrase en estado de escuchar seriamente una embajada,» y advirtiéndole, antes que rogándole, que no cambiase ligeramente de alianza, partieron. Jerónimo envió en seguida una legación á Cartago para ajustar un tratado según las bases convenidas con Aníbal, consignándose en este tratado que una vez arrojados los romanos de la Sicilia, lo que se conseguiría muy pronto, si Cartago enviaba un ejército y una flota, el río Himera que divide próximamente por mitad la isla, sería el límite del reino de Siracusa y de las posesiones cartaginesas. Muy poco después, embriagado con las adulaciones de sus cortesanos, que invitaban á que recordase no solamente á Hierón, sino al rey Pirro, su abuelo materno, envió otra embajada para exigir como de derecho la posesión de la Sicilia entera, diciendo que lo que buscaban los cartagineses era la dominación de Italia. No extrañó á los cartagineses esta ligereza, esta jactancia en un joven insensato, ni reclamaron contra ellas con tal de separarlo de los romanos.

Pero todo contribuía á precipitar su caída. Había enviado delante á Hipócrates y Epícides con dos mil soldados para hacer una tentativa sobre las ciudades ocupadas por guarniciones romanas, y él mismo, con el resto de su ejército (quince mil hombres entre peones y jinetes) marchaba sobre Leoncio. Los conjurados, que casualmente estaban todos armados, se situaron en una casa que estaba deshabitada y que daba á una calle estrecha, por la que ordinariamente bajaba el rey al Foro. Ocupando allí cada cual su puesto, bien armados y esperando el paso del rey, uno de ellos, llamado Diomeno, que era guardia real, recibió el encargo de detener con cualquier pretexto, cuando el rey se acercase á la puerta, la escolta que debía seguirle. Todo se ejecutó

según se había convenido. Diomeno levantó el pie para aflojar las correas de su calzado como si le molestasen, y de esta manera detuvo la escolta á bastante distancia para que los conjurados, lanzándose sobre el rey sin guardias, tuviesen tiempo para herirle con muchos golpes antes de que pudiesen socorrerle. Á los gritos, al ruido que se produjo, lanzaron venablos contra Diomeno, que entonces oponía franca resistencia, pudiendo éste escapar aunque con dos heridas. Los satélites huyeron al ver al rey tendido y muerto. De los matadores, unos corrieron al Foro hacia la multitud regocijada porque había recobrado la libertad, otros á Siracusa para adelantarse á los intentos de Andronadoro y demás partidarios del rey. En estas circunstancias, viendó Ap. Claudio que estallaba una guerra á su lado, escribió al Senado que Sicilia se declaraba por Cartago y Aníbal. Él mismo, para prevenirse contra las empresas de los siracusanos, dirigió todas sus tropas á la frontera que separaba la provincia del reino de Siracusa. Á fines de este año, Fabio, por orden del Senado, fortificó á Puteolos, que gracias á la guerra había venido á ser mercado bastante frecuentado, y puso allí guarnición. Marchando en seguida á Roma para los comicios, fijó su reunión para el primero de los días comiciales, marchando derechamente al Campo de Marte, sin cruzar siquiera la ciudad. Aquel día designó la suerte para votar la primera la centuria de los jóvenes de Anio, nombrando cónsules á T. Otacilio y M. Emilio Regilo. Restablecido el silencio, pronunció Fabio la siguiente oración:

«Si reinase la paz en Italia, ó si luchásemos con un enemigo que no exigiese tanta vigilancia, el que quisiera oponer el menor obstáculo á vuestra elección, fija ya cuando llegáis al Campo de Marte en aquellos á quienes queréis elevar á los honores, el que así obrase me pare-

cería que recordaba poco que sois libres. Pero en esta guerra, y delante de Aníbal, no ha ocurrido ni una sola vez que algún general nuestro cometiese una falta sin que haya sobrevenido un gran desastre á la república. Conviene, pues, que atendáis con tanto cuidado á nombrar cónsules, como á vuestro armamento para marchar al combate; es necesario que cada cual se diga: Voy á nombrar un cónsul capaz de resistir á un general como Aníbal. Este año nos provocó delante de Capua Jubelio Taurea, el mejor caballero de los campanios: le opusimos el mejor de los jinetes romanos, Asele Claudio. En otro tiempo un galo provocó á los romanos en el puente del Anio; nuestros mayores enviaron contra él á P. Manlio, confiando en su valor y en sus fuerzas. Seguro estoy de que por el mismo motivo, algunos años después, no se desconfió de M. Valerio, que tomó las armas para combatir á otro galo que nos había provocado. Queremos peones y jinetes más vigorosos, ó por lo menos, tan vigorosos como los contrarios. Busquemos también un general que valga tanto como el general enemigo. Y aunque elijamos al mejor, elegido repentinamente, elegido por un año solo, se encontrará frente á frente con un general antiguo, que conserva perpetuamente el mando, á quien ningún límite, ni en tiempo, ni en autoridad, coartará ni estorbará en todo lo que exijan las diferentes peripecias de la guerra. Entre nosotros, por el contrario, los preparativos mismos, ó el comienzo solo de una expedición, consumen un año entero. Acabo de explicaros suficientemente qué hombres debéis nombrar cónsules; réstame hablaros en pocas palabras de los que han obtenido los sufragios de la centuria llamada primeramente á votar. M. Emilio Regilo es flamín quirinal, y no podemos, ni separarle de sus sagradas funciones, ni retenerle aquí, si no queremos que padezcan el culto de los dioses ó la

guerra. Otacilio casó con la hija de mi hermana y tiene hijos de ella. Pero vuestros favores conmigo y con mis antepasados, ¡oh romanos! no son tales que no deba sacrificar á la república mis intereses de familia. No hay pasajero ni marinero que con tranquilo mar no pueda empuñar el timón; pero en cuanto se levanta violenta tempestad, y los vientos juegan con la nave en las revueltas aguas, se necesita un hombre, un piloto. No navegamos en mar tranquilo: muchas tempestades casi nos han sumergido ya. Necesitáis, pues, emplear todo vuestro cuidado, toda vuestra prudencia, en elegir bien al que ha de empuñar el timón; te hemos visto en el trabajo, T. Otacilio, en circunstancias menos difíciles, y ciertamente nada has hecho que nos aliente á confiar en tí para algo más importante. Al equipar este año la flota que mandabas, teníamos tres motivos: en primer lugar queríamos talar la costa de África, después proteger la de Italia, y por último y muy principalmente impedir que Cartago hiciese llegar hasta Aníbal refuerzos, dinero y víveres. Pues bien: nombrad cónsul á T. Otacilio si puede dar buena cuenta á la república, no diré de las tres comisiones, sino de una sola. Si mientras mandabas la flota, Aníbal recibió todo lo que le remitían de Cartago, sin el menor peligro y sin pérdida alguna, como si no hubiese guerra marítima; si durante ese año las costas de Italia fueron más devastadas que las de África, ¿qué dirás para conseguir que te nombren general con preferencia á cualquier otro en frente de un enemigo como Aníbal? Si fueses cónsul, pediríamos, á ejemplo de nuestros antepasados, que se nombrase un dictador; y no podrías indignarte de que en Roma entera se encontrase un general preferible á ti. Nadie tiene más interés que tú mismo, T. Otacilio, en que no pongan sobre tus hombros un peso que te abrumaría. Por mi parte os invito encarecidamente á que

nombréis cónsules con el mismo criterio que tendríais, si armados ya para combatir, tuvieseis que elegir de pronto los generales bajo cuyo mando y auspicios hubieseis de marchar al enemigo; en manos de esos cónsules van á prestar juramento vuestros hijos; por sus órdenes se reunirán, y bajo su tutela, bajo su protección harán una campaña. El lago Trasimeno y Cannas son tristes ejemplos que debéis recordar; pero también son enseñanzas útiles para que aprendamos á preservarnos de tales desgracias. Pregonero, llama á los jóvenes de la centuria del Anio para que voten de nuevo.»

T. Otacilio exclamó furiosamente entonces que Fabio quería continuar en el consulado, y lanzaba tremendos gritos, hasta que Fabio mandó á sus lictores que se acercasen á él, y le advirtió que como no había entrado en la ciudad y había llegado directamente al Campo de Marte, las hachas estaban en los haces (1). La centuria que había votado la primera se presentó á votar otra vez, y nombró cónsul á Q. Fabio Máximo por cuarta vez, y á M. Marcelo por la tercera. Las demás centurias nombraron por unanimidad los mismos cónsules. Un solo pretor, Q. Fulvio Flaco, fué reelegido; los otros tres fueron nuevos; T. Otacilio Crasso por tercera vez, Q. Fabio, hijo del cónsul, que entonces era edil curul, y P. Cornelio Léntulo. Después del nombramiento de los pretores, un senatus-consulta encargó por extraordinario á Q. Fulvio la administración de la ciudad y que mandase en ella con preferencia á cualquier otro cuando se ausentasen los cónsules para la guerra. En este año ocurrieron dos inundaciones: el Tiber desbordó en las campiñas, arrastrando casas, ganados y hom-

(1) Valerio Publicola hizo quitar las hachas de los haces en la ciudad. De las palabras de Fabio resulta que en la ciudad no iban las hachas en los haces, y como no había entrado en ella, su advertencia á Otacilio indicaba que las usaría en caso necesario.

bres. En el quinto año de la segunda guerra púnica entraron en funciones los cónsules Q. Fabio Máximo por cuarta vez y M. Claudio por la tercera, fijándose en ellos la atención con más interés que de ordinario, porque hacia mucho tiempo en verdad que no se había visto ocupar á la vez el consulado dos varones tan notables. Los ancianos referían que así se eligió en otro tiempo á Máximo Rulo y P. Decio para la guerra de las Galias, y después á Papilio y Carvilio contra los samnitas y brucios, contra los lucarios y tarentinos. Marcelo había sido nombrado en ausencia, porque se encontraba en el ejército; Fabio estaba presente y presidía los comicios cuando fué reelegido para el consulado. Las circunstancias, las necesidades de la guerra, la posición difícil del Estado impidieron que se censurase aquel ejemplo ó que se supusiera al cónsul demasiado ávido de poder. Por el contrario, alabábase la grandeza de ánimo con que, viendo que la república necesitaba al más grande de sus generales, y sabiendo que no había ninguno superior á él, se ocupó menos del odio que podía atraerse que de la utilidad de la república.

El día que entraron en funciones los cónsules, se celebró en el Capitolio la sesión del Senado, y se decidió ante todo que los cónsules echarían suertes ó convendrían entre sí para decidir cuál de los dos, antes de marchar para el ejército, presidiría los comicios para el nombramiento de censores. En seguida se prorrogó el mando de todos los que se encontraban en los ejércitos y se mantuvo en sus provincias á Tib. Graco en Luce-ria, donde tenía un ejército de esclavos alistados voluntariamente; C. Terencio Varrón en el Piceno, y M. Pompinio en la Galia. De los pretores del año anterior, Q. Mucio obtuvo la Cerdeña como propretor y M. Valerio el mando de las costas inmediatas á Brundisium para vigilar los movimientos de Filipo, rey de Macedo-

nia. El pretor P. Cornelio Léntulo obtuvo el mando de la Sicilia; Otacilio la misma flota que había tenido el año anterior contra los cartagineses. Este año se dió cuenta de considerable número de prodigios, y cuanto más creían en ellos los hombres sencillos y religiosos más se anunciaban. En Lanuvio habían anidado cuervos en el interior del templo de Juno Sospita; en la Apulia se había incendiado una palmera verde; en Mantua, el estanque que forma el Mincio había aparecido ensangrentado; en Cales había llovido creta, y en Roma en el foro boario había llovido sangre; en la calle Insteia había brotado con tanta fuerza una fuente subterránea, que había arrastrado ánforas y toneles como si las llevase impetuoso torrente. Cayó el rayo en la sala común del Capitolio, en un templo en el campo de Vulcano, en la fortaleza y en la calle principal de Sabinia, en una muralla y una puerta de Gabias; y además se habían referido otros prodigios. En Prenesto, la lanza de Marte se había movido por sí sola; en Sicilia había hablado un buey; en el país de los marrucinos había exclamado un niño en el vientre de su madre «¡Triunfo!» En Espoleto se había trocado una mujer en hombre; en Hadria se había visto en el cielo un altar y alrededor sombras como hombres vestidos de blanco; en la misma Roma, en el seno de la ciudad, se vió un enjambre de abejas en el Foro, y algunas personas aseguraron que habían visto legiones armadas sobre el Janículo y llamaron á los ciudadanos á las armas; pero los que se encontraban en el Janículo declararon que allí no se había presentado nadie más que los que ordinariamente lo habitaban. Según la respuesta de los arúspices, se expiaron estos prodigios por medio de sacrificios solemnes y se dirigieron súplicas á todos los dioses que tenían altares en Roma.

Después de terminar todas las ceremonias que de-

bían aplacar á los dioses, los cónsules expusieron al Senado la situación de la república, en lo relativo á las operaciones de la guerra y en cuanto al número de tropas y posiciones que ocupaban. Decidióse que en esta campaña se emplearían diez y ocho legiones, tomando dos cada cónsul. Dos debían destinarse á la Galia, dos á Sicilia, dos á Cerdeña, dos á las órdenes del pretor Q. Fabio en la Apulia. T. Graco, en los alrededores de Luceria, mandaba dos de esclavos alistados voluntariamente: dejábase una al procónsul C. Perencio, en el Piceno, una á M. Valerio para el servicio de la flota, en las cercanías de Brundisium, y finalmente quedaban dos para la defensa de Roma. Para completar este número necesitábase crear seis nuevas, y los cónsules recibieron orden de formarlas lo más pronto posible y equipar una flota. Contando las naves que recorrían las costas de la Calabria, tenían una flota de ciento cincuenta naves largas. Llenados los cuadros y lanzadas al mar cien naves nuevas, Q. Fabio convocó los comicios para el nombramiento de censores, siendo elegidos M. Atilio Régulo y P. Furio Filo. El rumor de una guerra en Sicilia tomaba consistencia y T. Otacilio recibió orden de dirigirse allá con la flota. Como faltaban marineros, por un senatus-consulto mandaron los cónsules «que todos aquellos cuyo caudal ó el de su padre, en tiempo de la censura de L. Emilio y C. Flaminio, había sido apreciado entre cincuenta y cien mil ases de cobre, ó que después lo hubiesen elevado hasta esta cantidad, suministrarían un marinero pagado por seis meses; de ciento á trescientos mil hasta un millón, cinco marineros, y pasando de un millón, siete. Los senadores debían dar ocho marineros por un año.» Los marineros reclutados según este decreto, recibieron armamento y equipo de sus dueños y se embarcaron con víveres preparados

para treinta días; la flota romana, por primera vez hasta entonces, fué tripulada por marineros á expensas de los particulares.

Estos preparativos, mucho más considerables que todos los hechos hasta entonces, asustaron especialmente á los campanios, que temieron comenzasen los romanos la campaña por el sitio de Capua. Por esta razón enviaron legados á Aníbal para rogarle que acercase su ejército á la ciudad, diciendo: «que para poner el sitio habían formado en Roma nuevos ejércitos, y que ninguna defección había irritado tanto á los romanos como la de Capua.» Ante estas noticias, llevadas rápidamente, creyó Aníbal que debía apresurarse para que no se le adelantasen los romanos. Dejó, pues, la tierra de Arpi, y volvió á situarse por encima de Capua en su antiguo campamento del monte Tifato. Dejó allí un cuerpo de númidas y españoles para que defendiesen el campamento y el campo de Capua; en seguida, con el resto de su ejército, se dirigió hacia el lago de Averno, aparentemente para celebrar allí un sacrificio, pero en realidad para hacer una tentativa sobre Puteolos y su guarnición. Enteróse Máximo de que Aníbal había dejado Arpi y regresado á la Campania, y al saberlo, caminó día y noche hasta reunirse á su ejército. Envío orden á T. Graco que saliese de Luceria con sus tropas dirigiéndose á Benevento, y al pretor Q. Fabio (el hijo del cónsul) que reemplazase á Graco en Luceria. En esta época llegaron dos pretores á Sicilia, P. Cornelio, que marchaba al ejército, y Otacilio, que iba á tomar el mando de la costa marítima y de la flota. Los demás se dirigieron á sus respectivas provincias, y aquellos cuyos poderes habían sido prorrogados conservaron las posiciones que habían ocupado el año anterior.

Encontrábase Aníbal en el lago Averno, cuando se le acercaron cinco jóvenes nobles de Tarento, hechos pri-

sioneros, unos en el Trasimeno y otros en Cannas, y á los que había enviado á sus casas con la generosidad que mostró con todos los aliados de los romanos. Aquellos jóvenes le dijeron: «que en agradecimiento á sus beneficios, habían inducido á gran parte de la juventud de Tarento á preferir la alianza de Aníbal á la del pueblo romano; que les enviaban para rogarle que se acercase á Tarento con su ejército; que en cuanto viesen sus enseñas y su campamento, se le entregaría en seguida la ciudad. Los jóvenes disponían del pueblo, y el pueblo de la ciudad.» Aníbal les elogió mucho, les colmó de pomposas promesas y les rogó que regresasen á su patria para acelerar la ejecución de aquella empresa; que por su parte se encontraría oportunamente bajo sus murallas. Los tarentinos regresaron esperanzados, y el mismo Aníbal deseaba ardientemente apoderarse de Tarento, á la que veía poderosa, ilustre, situada en la costa, y, afortunadamente para él, colocada enfrente de la Macedonia. Si el rey Filipo pasaba á Italia, abordaría á aquel puerto, siendo dueños los romanos de Brundisium. Terminado el sacrificio para que había ido á aquel punto, y habiendo talado durante su permanencia todo el territorio de Cumas hasta el promontorio de Miseno, marchó repentinamente sobre Puteolos para destruir por sorpresa la guarnición romana. Ocupaban aquella posición, tan fuerte por el arte como por la naturaleza, seis mil hombres. El cartaginés pasó allí tres días, procurando por todos los medios sorprender la guarnición; y no pudiendo conseguirlo, avanzó para talar el territorio de Nápoles, por cólera antes que con esperanza de apoderarse de la ciudad. Al llegar Aníbal á las cercanías, el pueblo de Nápoles trató de sublevarse, porque hacía mucho tiempo que no quería á los romanos y era enemigo de su Senado, por lo que envió una legación á Aníbal con la terminante promesa de entregarle la ciu-